

Ellas y mi amor por los libros

En principio fue la palabra. Luego se incardinó en textos escritos. Y los primeros libros, en pergaminos, hojas, tablillas... dieron lugar las bibliotecas. Legendaria la de Alejandría. En ellos los ciudadanos podían conservar copias de sus historias, documentos, cuentas... Quienes cuidaban de ellos ya aciertan a testimoniar la presencia de las mujeres en sus recintos.

Luego en los conventos medievales, eran las encargadas de cuidar de la encuadernación de legajos, y conformar los libros, seleccionar e insertar las imágenes que los componían, y dar empaque de cuerpos viso.

Con la popularización de la imprenta los libros fueron propuestos como una realidad autónoma y se empezó a extender la lectura.

Ya la escuela, la universidad recibía el acercamiento de la mujer. Y siempre lo he asociado a mi primera biblioteca, la de Berja, sita en el Paseo del Siglo, Miguel de Cervantes. Y allí su legendaria directora, y organizadora, mi vecina doña Rosa Martín, la “sobrina” del cura, Don Antonio. Un carácter de persona amante y volcada en los libros, y un tesón en que los fuéramos leyendo. Y disfrutando. Con un raro espíritu liberal, doña Rosa, nos acogía, y difundía todos los fondos, dándonos cuartelillo, a los más inquietos. Verne y Salgari eran los favoritos. Pero en un momento llegaron Tintín, Asterix los personajes de la revista Trinca... Mortadelo y los demás.

Mi segunda imagen de lector impenitente era la de mi abuela materna, Marta Barrionuevo Ríos. Una hija de la burguesía liberal virgitana... Que autoinstruía desde la familia, no dejaba de leer todo cuanto caía en sus manos, hasta casi poco antes de fallecer.

Siempre mi madre me cuidaba de dotarme de cuentos, de que los leyera, mis abuelos me los compraban... y la mujer y el hombre se hermanaban en pleno trato igualitario.

Me recuerdo el papel audaz de la famosa Yolanda, la Hija del Corsario Negro, de Salgari... todo un carácter de mujer; bella pero valiente y arrojada.

Personajes protagonistas, mujeres organizadoras y mantenedoras de la sagrada cultura de la lectura. De su facilitación libre a través de las bibliotecas públicas.

Un honor y un placer, que tiene nombre, y mayoritarias, evocaciones femeninas.

La Pardo Bazán, la Fernán Caballero, Carmen de Burgos, lucharon por hacerse un lugar; en un tiempo “de titanes literarios” con Galdós y Leopoldo Alas, a la cabeza.

Hoy hay muchos más nombres, de fácil y grata recordación. Las niñas siempre fueron las más lectoras de la clase, en mis más de 40 años de empleo docente, y siempre un nombre femenino, fue quien me marcó casi 26 años mi vida personal, Pilar Quirosa-Cheyrouze.

Luchar por una noble causa, como la igualdad de género, y de acceso, también desde la lectura, y su promoción, es una labor consolidada, y de grato disfrute cotidiano. Como usuario cotidiano de una biblioteca pública tengo el placer de gozarlo.

Diego Cara B.

Almería: 23, octubre, 2019